

EL EMISARIO

Duban Álvarez Cabrales¹

Bajo el sol del mediodía, yace inmóvil sobre el árido asfalto lo que en vida fue una rata. Cocida por sus humores e hinchada por sus vapores, ha dejado sobre la cuadra la fragancia inconfundible de la muerte. Aquel aroma ha impregnado la zona hace días, un oportuno heraldo que avisa a todos los que por allí transita que una vida se ha extinguido, lejos están ellos de imaginarse que aquella tiesa figura alberga tanta vida.

En su interior cientos de gusanos bailan insurrectos, ocupando cada espacio, cada nicho; mientras en su lento disgregar borran el funesto rostro que deja la parca a su paso. Antes que ellos, las hormigas llegaron primero, tomando lo que en principio sería hacadero llevar: ojos, sesos, nervios y demás cosas que aún blandas fueron fáciles de remover. Las moscas llegaron luego y consigo se llevaron el charco de sangre que de su cabeza brotó al ser aplastada, dejando sólo un ejército de larvas que se retuercen blancas y viscosas, en la labor de reducir a piel y huesos el cadavérico roedor que se niega a desaparecer, pedazos de carne y vísceras aún se sujetan a la osamenta, recubierta por una estirada y grisácea piel, en un intento por recordar lo que fue en vida.

El sol sigue implacable, azotando sin piedad a aquellos que se levantan sobre una tierra que arde y se calienta aún más por el rigor de los adoquines y el bochorno hace de las sombras paraísos de descansos. La legión de gusanos se contrae sobre la acuosa podredumbre y esporádicamente han encontrado alivio al calor en una tétrica sombra que efímera se dibuja sobre el occiso y que hipnóticamente ha empezado a girar sobre él en una danza fúnebre que ha terminado en un aleteo.

Sus largas y negras garras han chasqueado sobre el pavimento y reptando ha empezado a moverse hacia el cadáver. No menos oscuro que su sombra aquel golero ha hecho acto de presencia y en sus ojos se vislumbra el brillo del emisario que viene a concluir el trabajo de la muerte. Por unos segundos sus ojos se postran complacidos sobre el cuerpo de la rata, que voluminosa ha evidenciado una vida de migajas y banquetes en cubos de basura, un jugoso deleite que ha empezado, sin si quiera picotear, a derramarse sobre el suelo por sus pútridas cavidades.

Lentamente se acerca a su rígida presa y abre su pico para dar el primer bocado, pero su al-

¹ Filósofo Egresado de la Universidad de Cartagena. Correo electrónico: dac8907@gmail.com

muerzo ha sido interrumpido por un cortejo de sombras que bailan a su alrededor la misma danza funesta y con recelo levanta su cabeza carente de plumas para ver una bandada de ellos: lúgubres y fríos como el mismo, hambrientos de su preciado manjar. Ansioso la levanta del suelo con sus garras, para luego desplegar sus grandes y negras alas, elevándose sobre las cabezas de aquellos que ignoran lo que en el momento ocurre y que solo ven en él una mancha que tiñe el cielo, una mancha que planea dócil sobre la ciudad hasta posarse delicadamente sobre la azotea de un edificio, junto a las horribles y sombrías gárgolas que miran impávidas el continuo marchitar de la urbe y la plaga que la habita.

Allí el golero sostiene con fuerza la rata, que ha empezado a segregarse sus pútridos fluidos sobre sus patas y tras caer una de estas gotas, desgarrar con sevicia el vientre para vaciar con premura su interior, su pico engulle rápidamente la colorida procesión de órganos

plagados de gusanos y putrefacción; pronto de la rata sólo quedan piel y huesos, despojos que al final son empujados hacia el vacío de la gran ciudad, donde en unos días desaparecerán entre el polvo y las llantas de los automóviles.

Satisfecha, el ave despliega nuevamente sus alas, levanta su cabeza con orgullo y lanza sobre el horizonte una abúlica mirada. Es el símbolo de la fatalidad hecha carne, la inmortalidad banalizada. La muerte es un predador pasivo que observa desde lo lejos, su olor se confunde en el smog de los autos, los perfumes, la pura belleza de una flor que germina en una grieta entre el pavimento. Nadie escapa de ella, nadie evita ese encuentro, al final todos vestirán la mortaja y allí estará su emisario para concluir este juego que es inevitable y para el cual todos hemos nacido o al menos para recordarnos que la eternidad está cerca, en la digestión de otro ser vivo.